

BIBLIOTECA

Los Grandes Filmes

DE

LA NOVELA SEMAVAL CINEMATOGRAFICA

DIRECTOR: FRANCISCO-MARIO BISTARRIS

Paseo de la Paz, 10 bis - BARCELONA - TEL. 15501



NINGUNA OTRA MUJER

Comedia-moderna, interpretada por
SOLORES DEL RIO,
DON ALVARADO
Y BEN BARD

Superproducción Fox




EXCLUSIVA DE

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 280

BARCELONA



Ninguna otra mujer

.....
Argumento de la película
.....

Prohibida la
reproducción
Revisado por
la censura

La playa francesa de Biarritz, cerca de la frontera española, es uno de los lugares favoritos de los poderosos. Afluyen a ella de todas las partes del mundo con el ansia de vivir horas inolvidables en la dulce ciudad.

Durante todo el día la playa se ve invadida por hermosas bañistas, nuevas sirenas de estilizadas formas que hacen más amable y apetecedora la existencia.

Por la noche las músicas del Casino esparcen las agradables notas de sus bailes, y una verdadera locura de mover los pies invade a toda la encopetada colonia veraniega.

Carmen Granados era huérfana de un opulento tabaquero cubano y hacía su primera visita a la elegante estación veraniega.

La acompañaba su tía, dama ya entrada en años que iba siempre con ella en su peregrinaje mundial.

La belleza morena de Carmen a la par que su fantástica riqueza eran dos incentivos para que surgiesen miles de adoradores a su paso, jóvenes y viejos que soñaban con la ventura de compartir aquellas maravillas.

Carmen sabía rechazar con una sonrisa discreta de mujer que no permite el menor atrevimiento al cortejo de admiradores, y éstos acababan por marcharse.

Un gran amor llenaba el corazón de Carmen. El de Carlos Moreno, joven de la Habana que pasaba las vacaciones en Biarritz, muchacho de envidiable fortuna y de verdadera simpatía personal.

Todo el mundo sabía que eran novios y que la boda no tardaría en celebrarse.

Sería el gran acontecimiento de la temporada y todos envidiaban la dicha de aquella radiante juventud a quien la vida no se cansaba de sonreír.

Una mañana, Carmela y Carlos se encontraban en la playa. Habían tomado ya su acostumbrado baño y descansaban ahora bajo el dulce sol.

Carlos levantó con la mojada arena una pequeña casita, bella y rústica miniatura arquitectónica en la que no faltaban los rectángulos de las ventanas ni una pequeña chimenea en el techo.

Cuando hubo concluido la edificación, exclamó mirando tiernamente a su novia:

—¡El futuro hogar del señor y de la señora Moreno! ¿Qué le parece?

Ella sonrió.

—¿No crees haber olvidado algo?—le dijo.

—¡Ah, sí! ¡La habitación de los niños!

Y al propio tiempo puso su cigarrillo sobre la pequeña chimenea y el humo azul pareció dar la sensación de que dentro del improvisado hogar estaba el fuego encendido calentando, acaso, la estancia de los hijos...

—¡No, tonto!—contestó ella con gesto burlesco y algo ruborizada—. ¡El garaje!

—¡Ah!... tienes razón... Es un detalle no despreciable...

—¡Y tan necesario!

—Sí, Carmela mía, tendremos todo lo que tú quieras... ¡Cuando pienso que dentro de dos días nos casaremos y seremos felices para siempre!



—¡El futuro hogar del señor y de la señora Moreno!

—¡Para siempre!—repitió ella.

Y quedáronse contemplando con la bella abstracción de los enamorados para quienes el mundo parece haber sido creado en su honor.

No lejos de allí, Alberto De Chegny, un muchacho de la alta sociedad, de vida aventurera, que había perdido su fortuna en comprometidos negocios financieros, estaba jugando con otro "sportman" de la colonia.

De pronto éste lanzó con gran fuerza el balón sin que Albert pudiera pararlo y yendo a caer a alguna distancia del sitio donde se encontraban los novios.

Albert en su afán de recoger la pelota, resbaló y vino a tropezar en la casita de arena que Carlos había levantado.

El bello y frágil hogar quedó aplastado y Albert levantóse avergonzado para excusarse por su torpeza.

La indignación se apoderó de Carlos y de su novia al ver destrozada aquella casita que parecía ser símbolo de sus amores.

—¡Cuidado que hay personas inoportunas en el mundo!

Fué Albert a pronunciar unas palabras de perdón por lo que involuntariamente acababa de hacer y quedó mirando a Carlos con repentina sorpresa.

También éste que estaba dispuesto a decir cuatro palabras serias al caballero, transfor-

mó su disgustada faz en una radiante sonrisa.

—¡Querido Albert!

—¡Amigo Carlos!

Se estrecharon fuertemente la mano con verdadera alegría al encontrarse al cabo de tanto tiempo de ausencia, pues desde su época de estudiantes no habían tenido ocasión de relacionarse más.

Habían sido camaradas en la Universidad, pero luego cada cual tiró por su lado sin que volvieran a acordarse de su mutuas existencias.

Carmela contempló extrañada al desconocido. ¿Quién era aquel amigo de su novio que tan bruscamente se acababa de presentar?

Albert echó una rápida ojeada a Carmela pareciéndole realmente exquisita aquella compañera de su amigo.

Era encantadora aquella muchacha.

Carlos les presentó.

—Carmela, permíteme que te presente a mi condiscípulo Albert De Chegny. Mi prometida, la señorita Granados.

Este nombre pareció conmover a Albert... Conocía por referencias a la familia Granados, una de las más grandes fortunas de la

Habana. Era afortunado su amigo. Prometerse con una criatura millonaria y de una belleza incomparable...

Besó la mano de Carmela y dijo:

—Carlos tuvo siempre una suerte extraordinaria, señorita.

—La suerte es de los dos, caballero—respondió ella muy gentil y mirando a su novio.

—Y bien merecida—acabó por decir Albert.

—Usted me permitirá—dijo Carmela—. Siento un poco de frío... Voy a ponerme mi alboraoz.

—¡Oh, señorita!... Ha sido para un mí un gran honor el saludarla y admirarla. Lamento solamente haber destrozado la edificación.

Y señaló los restos esparcidos de la compacta arena.

—Eso no tiene importancia—dijo Carlos—. Por fortuna nuestro hogar es más sólido y estable.

—¿Te casas pronto?

—Pasado mañana.

—Dichoso tú.

Los dos jóvenes vieron alejarse a la bella Carmela, criatura de cuerpo maravilloso, soberbio.

—Querría estar en tu pellejo, Carlos. "Mon Dieu"... Con la falta que me hace el dinero.

Y suspiró de modo cómico como si ante él surgieran de repente todas las dificultades económicas que amargaban su existencia.

—Yo, en cambio, no lo necesito... sólo quiero su adorable personilla—dijo Carlos—. Perderla sería lo único que no podría sufrir.

Una fina sonrisa cruzó por el rostro de Albert De Chegny... Sus ojos siguieron mirando hacia la dirección por donde había desaparecido Carmela Granados...

* * *

Aquella noche, Albert De Chegny insistió en dar una fiesta en honor de los novios en el alegre Café de París.

Aunque los dos jóvenes hubieran retuldo de buena gana aquella demostración, pues como todos los enamorados preferían la dulce soledad en la cual su amor se sentía más dueño de sí mismo, tuvieron que resignarse a la invitación del camarada.

Una desbordante alegría reinaba en el Café... Diversas atracciones en las que como único motivo figuraba la belleza de la mujer, se sucedían de continuo para deslumbramiento de los ojos y alegría del corazón.

Carmela y su novio se esforzaban por tomar parte en la unánime alegría y junto a ellos, Albert mostraba por la muchacha continuas demostraciones de extraordinario interés.

Correcto, sin embargo, su actitud para con Carmela no podía ser calificada de imprudente.

Pero, alababa a cada momento su belleza, sus hermosos ojos, la distinción aristocrática de toda su persona... Y ella, mujer, se sentía halagada por aquel canto a su belleza.



... desbordante alegría reinaba en el café.

Soñó Carlos escuchando a su amigo aquellas frases de brillante color.

Siempre el mismo... Como allá en sus tiempos universitarios. Mas, a pesar de que nada podía reprocharle a Albert, sentía en el fondo de su alma un ligero disgusto, una extraña

agitación. Eran celos, unos celos pequeñísimos celos no ya realmente de Albert, sino de todo lo que podía atraer la atención de su enamorada...

Cerca de allí, en otra de las mesas, estaba una hermosa muchacha, Ivette, un producto típico de los cabarets parisienses.

Contempló a Carlos y sonrió alegremente al reconocer en él a un antiguo amigo suyo, que unos años antes, allá en París, había sido uno de los fervorosos adoradores de sus caprichos.

Iba bien acompañado... Y de repente, el recuerdo de este compañero de amor pareció emocionarla y darle unos ávidos deseos de volver a hablar con su enamorado de otros días.

Mientras, Albert seguía prodigando toda clase de atenciones a Carmela Granados.

Brindó con ella y dijo:

— Este es el día más feliz de mi vida. Por el porvenir... Por nuestro porvenir.

Sus copas entrecucharon...

Iba a comenzar un nuevo baile... y Albert invitó a Carmela a bailar.

La joven sonrió a su novio como resignán-

dose, y del brazo de Alberto se dirigió a la pista.

Carlos ocultó su impaciencia... Mal encuentro había sido aquel. Ya deseaba estar casado y lejos de personas indiscretas.

Una mujer corrió hacia él echándole los brazos al cuello y besándole.

—¡Oh, Carlos, qué dicha!

—Pero... ¿qué es eso?... ¡Tú, Ivette!

Rechazó asustado a la imprudente criatura que seguía ahrazándole con efusión.

—Ivette que te ha encontrado después de tanto tiempo. Qué casualidad vernos aquí en Biarritz. Vamos, te aseguro que no pensaba en ti.

—Por Dios, Ivette, discreción... No me hagas escenas... Mi prometida está aquí.

Y señaló a su novia que bailaba con Albert...

—Entonces esperaré y me la presentarás... Seremos excelentes amigas.

—No... no... Ivette, me estás comprometiendo. Haz el favor de retirarte... Lo de mi prometida es una cosa formal y...

—¿Qué importa?—dijo Ivette que parecía no establecer distinción entre un amor serio

y definitivo y un capricho estudiantil, en la vorágine de la vida parisiense.

—Vamos, márchate.

—No, no... Quiero conocer a tu novia... Y cuando ella esté de mal humor, vendré a consolarte... así.

Y le estampó un nuevo beso en los labios.

Este beso fué sorprendido por Carmela y Albert mientras bailaban. Se detuvieron inmediatamente, asombrados de la inesperada escena.

En los ojos de Carmela apareció una chispa de odio y en los de Albert la luz de la satisfacción.

Admirable, admirable...

Albert De Chegny sintió una alegría vivísima.

Desde el momento en que conociera a Carmela, la envidia anidó en su alma contra la suerte de su amigo.

Y he ahí que ahora, el destino, muñeco voluble y caprichoso que da golpes de ciego, acababa de convertirse en su aliado.

Carlos estaba abrazado a una mujer... Maravillosa ocasión para una ruptura, para que Carmela quedara libre... y el joven aventure-

no pudiera forjar planes atrevidos y gloriosos...

Se echó a reír y dijo con voz indiferente pero en la que vibraba la alegría:

—¡Bah! Uno de los caprichos juveniles de Carlos... La bella Ivette... No se disguste usted, señorita.

—¿Le parece que no tengo motivo? ¡Ah, qué rabia!

Avanzó hacia su novio, seguida de Albert que bendecía a la bella Ivette que acababa de hacerle un señalado favor.

Carlos se había desprendido de los brazos de la muchacha y pálido y emocionado, balbuceaba unas palabras de excusa.

—Carmela... no vayas a pensar... Yo necesito explicarte... No conozco esa mujer y...

—No le crea usted, señorita—dijo Ivette—. Está enamorado de mí desde hace muchos años.

—Supongo, Carmela, que no creerás a esta mujer...

Pero Carmela había visto demasiado para no dudar... Aquel beso, aquella tranquilidad de que daba muestras la desconocida, todo

eran pruebas indudables de la infame traición.

Y ella le había podido suponer fiel...

Albert estaba radiante. Ahí era nada aquel inesperado incidente que venía a quebrar lo que el amor parecía haber hecho indestructible.

—Carmela—insistió Carlos—. No es verdad lo que ella dice...

—Te ruego no me hables—contestó la joven con suprema dignidad—. Esa... mujer—y señaló con profundo desprecio a Ivette—le está esperando... y no quiero detenerte más.

Y alejóse velozmente mientras Carlos miraba a su amigo con hondo gesto de desesperación.

Albert adelantó unos pasos como si fuera a acompañar a la novia ofendida, pero Carlos se le acercó y le dijo en voz baja:

—¿Pero has visto, Albert, has visto?... Bien sabes que Ivette no significa nada para mí... Tú ya la conoces de París... No es más que una vulgar aventurera.

—Sí... es cierto... pero mal tienes la cosa, amigo...

—¡Oh! Es preciso arreglar eso.

Corrió hacia Carmela que estaba ya a punto de salir del café y le dijo con hondo consuelo:

—Escúchame, Carmela, te lo suplico.

—Vete. No quiero saber nada. Ya he visto demasiado.

Y marchó hacia su automóvil en dirección al hotel con ánimo de llorar a solas su desdicha.

Pero Carlos estaba dispuesto a que aquello no terminase de aquel modo.

Era preciso seguirla para explicarle todo y volver a aquel dulce corazón femenino el suave aire de la confianza.

En otro coche se dirigió también al hotel.

Mientras tanto, Albert había ido a reunirse con la aventurera y la contemplaba sonriente.

Ivette estaba enturecida por el desprecio de que Carlos le había hecho objeto. Rechazarla de aquel modo... ¡Oh! Aquel insulto no se lo perdonaba.

Comprendió Albert el estado de ánimo de aquella muñeca de cabaret, frívola criatura sin sentimiento. Y le pareció que la mucha-

cha podía servir de poderosa ayuda para sus maquiavélicos propósitos.

Con fácil comprensión, Alberto pensó en las consecuencias que podía tener la ruptura de Carmela y Carlos.

Indudablemente era una cosa grave... pero tal vez no irreparable.

Los dos novios se amaban demasiado para que en un momento aquel edificio de cariño se fuera abajo con la fragilidad, por ejemplo, como se había destruido por la mañana aquella casita en la arena.

Aquello casi había parecido un símbolo de lo que pasaría después.

Albert era hombre cínico y no reparaba jamás en los procedimientos para la consecución de su fin.

Creyó necesario alargar más la distancia entre Carmela y Carlos... y buscar los medios para que se hiciera irreparable.

De esta manera, libre ya Carmela, no le sería a él difícil el intentar substituir a Albert en el corazón de la bella cubana, y si no precisamente en el corazón, en el bolsillo.

¡Le irían tan bien aquellos millones que el

señor Granados había tenido la buena ocurrencia de ganar para su hija!

No podía perderse el tiempo. Y dijo a Ivette que aparecía ofendida y taciturna:

—Yo sé cómo puedes vengarte. Ayúdame y en justa correspondencia te ayudaré.

Se habían dirigido a un comedor reservado y Albert le propuso en voz muy baja el plan a seguir.

—No... no... eso no—dijo Ivette.

—¿Por qué, tontueña? Es el mejor modo de vengarte... Créeme a mí... No vaciles... No ves cómo te ha ofendido...

Y siguió conquistando para sí a aquella mujer, hasta ponerse los dos de perfecto acuerdo.

Casi simultáneamente habían llegado Carmela y su novio al hotel. Se encontraron en el pasillo. Ella quiso encerrarse en su habitación, pero él la detuvo.

—Desco hablarle, Carmela... he de decirte toda la verdad... Nunca he mentido y ahora menos que nunca... Se trata de tu felicidad y de la mía... A los dos conviene que haya paz entre nosotros.

Ella bajó los ojos y dejó que su novio penetrara en las habitaciones que ocupaban Carmela y su tía.

—Es inútil que te excuses—dijo—. La confianza ya no volverá.

—Pobre Carmela. De veras te he ofendido con toda mi alma, pero yo tengo menos culpa de lo que parece... Compréndelo, Carmela. De esa historia hace ya muchos años... cuando yo estudiaba en París... Fué una simple aventura de muchacho inexperto, de chiqui-

llo que quiere divertirse y sólo piensa en tonterías... Nunca volvi a acordarme de esa aventurera, indigna de que yo la prestara atención... Y cuando tenía olvidado para siempre aquel incidente levísimo en mi vida, esa mujer malvada se presenta y...

— Te besa... te abraza...

— Ha querido comprometerme ante tus ojos. Yo la he rechazado en el acto... ¿Cómo íbas a suponer que tuviera algo que ver con ella? Aquello no fué más que una aventurilla de muchacho... Mi amor hacia ti es mi vida misma... Y yo no quiero perderte, Carmela... Lo eres todo para mí... ¿Qué me importa esa otra mujer que sólo merece mi desprecio?

Hablaba con tanta fuerza de convicción que la joven se conmovió. No, el amor no se escapa así como así, en un solo momento... El amor es algo más fuerte como cuando en el caso de Carmela y Carlos constituye la fuente de la felicidad.

Y ella se sintió inclinada a la clemencia.

— ¿Me lo dices de veras, Carlos? ¿Puedo fiarme?

— Daría la mitad de mi vida para que cualquier sombra de duda se disipara.

— Te creo, Carlos y no volveré a dudar de ti jamás.

— ¡Chiquilla mía... cuán feliz me haces!
Y la reconciliación llegó para los novios...



— *Mi amor hacia ti es mi vida misma,*

y el incidente de Ivette parecía que no dejaría huella alguna en sus almas...

Humo en el espacio... vuelo de ave agorera que pasaría para no volver jamás.

La lucha contra el amor es difícil...

A la otra mañana, Carmela, que había contado a su tía cuánto había ocurrido la noche anterior así como que la tempestad se había deshecho en un vaso de agua, se hallaba probándose el hermoso vestido de novia que a la otra mañana debería lucir públicamente.

¡Qué bien le caía aquel traje blanco, de sutiles encajes, aquella delicada diadema que coronaba su faz de lirio!

De pronto llamaron.

Ella franqueó la puerta y entraron dos muchachas, bañistas de la colonia, acompañadas de Alberto De Chegny, que al enterarse de que las jóvenes iban a buscar a Carmela, había querido acompañarlas con el deseo de averiguar el estado de ánimo de la linda americana.

¿Persistiría la ruptura?

Esto era lo más probable.

Así es que quedó desagradablemente sorprendido cuando vió lucir a Carmela sus galas de novia.

¡Diablo! Aquello no decía por cierto de rupturas ni mucho menos. Pero procuró ocultar su contrariedad con su sonrisa mundada.

—Estaba probándome el vestido de novia. ¿Qué les parece? — dijo Carmela a sus amigas.

—Una preciosidad — comentó una de ellas.

—En mi vida había visto un equipo tan bello — dijo la otra—. Serás la novia más bonita del mundo.

—¡Oh, no tanto!

Albert, dispuesto a saber algo, saludó sonriente a la codiciada millonaria y le dijo:

—Mucho me ha apenado el desagradable incidente de anoche...

Ella movió la cabeza en actitud risueña como si se tratara de algo que no la preocupase.

—Hice mal en dar importancia a lo que en realidad no la tiene. Carlos y yo nos hemos reconciliado.

—¡Ah, magnífico!... Lo celebro.

Pero dentro de su alma había un notorio disgusto. ¡Qué mala estrella!

—Bueno, ya que todo va bien—agregó reponiéndose—, supongo que nos acompañará a la playa...

—De mil amores... Ma voy a desnudar y...

—¡Oh!... No... Mejor es que vayamos a enseñar a Carlos el vestido. Le daremos una gran sorpresa.

Ella pareció extrañarse de aquel insólito capricho.

—En mi tierra eso trae mala suerte—dijo supersticiosa.

—Usted no puede traer mala suerte a nadie, señorita. Además, estamos en Francia... Vamos en busca de Carlos.

Se dirigieron a la habitación de Carlos, situada al otro lado del corredor.

Llamaron y como nadie respondiese, Carmela empujó la puerta que aparecía entornada y con sus amigos entró en la habitación.

Un espectáculo inaudito para todos se presentó ante sus ojos. Sentada en la cama, luciendo un elegante deshabillé, estaba Ivette, quien al ver llegar a Carmela y sus acompañantes se puso en pie mientras sonreía con cinismo.

Carmela se estremeció y en sus ojos apun-

tó una lágrima de furor. ¡Miserables... miserables!... Y Carlos que había jurado que... ¡Oh! y en su propia habitación aquella mujer...

Ivette exclamó con tranquilidad:

—Busca usted a Carlos, ¿verdad? Ha bajado a desayunar. Cuando vuelva ya le diré que estuvo usted a verle.

—No necesita usted decirle nada. No quiero volverle a ver en mi vida.

Y conteniendo su furor abandonó la estancia.

Su sufrimiento era cruel. Sus amigas la contemplaban con piedad. Se daban cuenta del terrible desengaño que acababa de pasar.

Albert fué el último en salir y al cerrar la puerta dijo débilmente a Ivette:

—¡De perlas!

Ella sonrió con ironía. ¿Sabía hacer bien o no las cosas?

Y es que aquel infame proyecto había sido urdido entre Ivette y Albert la noche última, en el Café de París.

Aquella mañana cuando Carlos salió de su habitación para desayunarse en el restaurán

del hotel, Ivette había entrado en el cuarto del joven para ser oportunamente sorprendida.

Todo se había realizado a las mil maravillas.

Había obligado Albert a Carmela a ir con una excusa a la habitación de su novio, sorprendiendo allí la bailarina en comprometedora situación. No había duda de que Ivette había pasado la noche con Carlos.

El miserable había triunfado en toda la línea. A cambio de una recompensa prometida a Ivette, ésta le había servido maravillosamente de cómplice.

La victoria era, pues, un hecho.

Carmela retiróse llorando a su habitación seguida de sus amigas que en vano procuraban consolarla. También Albert la prodigaba falsas palabras de piedad, mostrándose disgustado por la conducta de su amigo.

La tía de Carmela entró en la habitación y la joven corrió llorando a sus brazos.

—Si vieras lo desgraciada que soy, tía Emilia. Todo lo que Carlos me dijo anoche no eran más que mentiras... He sorprendido una mujer en su propia habitación.

—¿Es posible?

—Sí... sí... pero...

Con brusca transición continuó:

—¿Por qué lloro? Al fin y al cabo ¿por qué derramar lágrimas ante una traición? Tenéis



... Albert le prodigaba falsas palabras de piedad...

razón, amigos míos... No debo preocuparme demasiado... Esperad, saldremos juntos... Voy a cambiarme de vestido... ¡Quiero bailar... reír... olvidar!

—Hace usted bien, Carmela—dijo Albert—

Un hombre así que se porta con usted de ese modo, no merece ni una lágrima.

Y la bella Carmela, enfurecida por la que creía infame traición, fué a cambiarse de traje y ahogando el dolor que tenía en el alma, quiso ser fuerte, no sufrir por el que no merecía ni su recuerdo.

Y poco después marchaba con sus amigos hacia la playa para reír... y olvidar.

Junto a ella, Albert, con sus palabras parecía mostrarle la posibilidad de una vida nueva.

Mientras tanto, Carlos, ajeno a las criminales maquinaciones, después de desayunarse, había vuelto a su habitación.

Fué inmenso el estupor que se apoderó de él al ver allí a Ivette.

—¿Qué haces aquí? Vístete y sal en seguida antes de que venga alguien. Pero ¿a quién se le acude entrar en mi cuarto?

La bailarina, dispuesta a promover un escándalo, se negó a salir, pretendiendo lanzarse a los brazos de su amigo.

—Deja a tu prometida. Yo te amo mucho más... Llevaremos una vida espléndida... Quiero que huyas conmigo.

—¿Qué locura! ¡No... no!

—¿Es que ya no me amas? Pues... yo me he propuesto volver contigo y he de conseguirlo.

Comenzó a dar grandes gritos y Carlos se horrorizó, temiendo que pudiera llegar a oídos de su novia aquella discusión.

Ignoraba que Carmela lo sabía todo. Ivette había callado lo que sucedió poco antes...

Miró Carlos a aquella muchacha y comprendió que por las malas no lograría de ella sino perjudicarse.

Inmediatamente, como un fino diplomático, cambió de táctica.

—Escucha, Ivette... Si te marchas pacíficamente ahora, te daré cinco mil francos.

—¿Cinco mil francos has dicho?

El rostro de la aventurera cambió de expresión. Pensó en la recompensa que le había prometido Albert y que nunca llegaría a la cifra de cinco mil francos. Y como al fin y al cabo, ella realizaba todo aquello por amor al dinero, accedió a la solicitud de Carlos.

—¿Ves? Esto ya es hablar de modo razo-

nable. Aceptado. Después dirás que tu Ivette no te complace...

Vistióse en un santiamén...

Carlos suspiraba de dicha por verla marchar y extendiendo el cheque por la cantidad acordada, se lo entregó.

Le abrió la puerta dándole la maleta de ella.

—¡Adiós, Carlos! ¡Muchas gracias!...

Le acarició el rostro...

En aquel instante apareció uno de los botones del hotel que al ver abrirse la puerta, entraba para recoger el equipaje.

Al ver la caricia que Ivette daba al joven, y que éste rechazaba, el niño sonrió de modo pícarasco, y dijo a Carlos:

—¡Por mí no se sabrá nada!... Nosotros los hombres tenemos que ayudarnos unos a otros...

El pequeño sabía que Carlos se casaba con Carmela Granados... y no le parecía natural que el novio se entretuviese ya con otra mujer... Era un chiquillo de gran filosofía...

Cuando Carlos vió alejarse a Ivette se dirigió velozmente a la habitación de su novia.

Salió tía Emilia.

—Y Carmela, ¿dónde está?

—No pida usted explicaciones—dijo la tía, severamente—. Pregunte a esa desvergonzada que está en su habitación.



—¡Por mí no se sabrá nada!

Quedó sin palabras para contestar. El convencimiento de que se habían enterado de todo aquello, le produjo un dolor profundo.

Sin embargo, era preciso hablar con Carmela y explicarle...

¡Nada tenemos que decirle!... Carmela está fuera. ¡Buenos días!...

Y echóle la puerta por las narices dejando al joven presa de un intenso dolor.

¡Oh, Carmela... Carmela!... ¿Qué le diría él para convencerla de que allí se había urdido una infamia, cuyos hilos no podía adivinar pero cuyas consecuencias tocaba de modo lamentable?

La buscó durante aquel día...

Fue imposible verla. Al siguiente día una terrible nueva acabó por apagar en su alma la luz de toda esperanza.

Supo que Carmela acababa de casarse con Albert De Chegny.

La muchacha, desechada por lo que suponía infame traición, había accedido a una declaración vehemente de Albert que juraba amarla siempre y con una fidelidad ejemplar.

Quedó Carlos abatido al conocer aquel suceso irreparable.

Loca... loca... ¿por qué no había esperado a oírle a justificarse de la criminal celada?

¡Y él, el mal amigo!... ¡Qué bien se había

aprovechado del lance a fin de hacerse dueño de aquella mujer... y su dinero!

Porque ahora recordaba las palabras de Albert cuando le dijo que le hacía falta mucho dinero...

¡Oh, bien adivinaba!... Juntaba hechos y veía a las claras que acababa de ser víctima de una repugnante traición...

Ivette y Albert se conocían... ¿No mediaría, por ventura, entre los dos alguna combinación para perderle?

¡Sí, sí, no era posible dudarlo!... Y un odio feroz anidó en su alma contra los responsables de su amargura.

¡Infames, traidores!... ¡Le habían robado lo que él estimaba más que su propia vida!

Y el pobre Carlos Moreno con toda su riqueza se consideró el hombre más desgraciado de la creación.

Entretanto, los dos recién casados, él radiante de dicha por su triunfo; ella desechada por la supuesta traición y esforzándose aún en sonreír a un hombre que si bien no le era desagradable, tampoco podía quererle, marcharon a París a pasar su luna de miel.

Pasaron dos años. Un domingo se celebraba una carrera de gala en Longchamps...

Aquello era una exhibición de lujo, de modas, de fastuosidades...

En uno de los palcos se encontraba Carlos Moreno acompañado de un matrimonio y de una linda muchacha hija de éste.

Eran antiguos amigos suyos.

Carlos con el corazón roto por aquella amargura de amor que no había podido olvidar nunca, procuraba distraerse en las fiestas del gran mundo.

De pronto la joven señaló a una dama que se hallaba acompañada de un caballero en otro de los palcos.

—Los De Chegny acaban de regresar de Cuba. Carmela no parece muy feliz.

Aquellas palabras hirieron profundamente

a Carlos. Vió a su vez a Carmela y se estremeció.

El amor, perdido de tan estúpido modo, no había muerto. Y ante la imagen de aquella mujer, vibraba con mayor intensidad.

—Dicen que Albert ha acabado casi con su fortuna... y aun continúa dilapidando el dinero—prosiguió la ingenua muchacha.

—¡Es terrible ese hombre! ¡La va a arruinar!—agregó el padre de ella.

Carlos guardaba silencio. En su alma surgía el ansia de hablar con aquella criatura, confesarle por entero la verdad...

Momentos después, el propio Albert De Chegny entraba lentamente en el palco de su mujer.

Iba vestido como un perfecto "dandy" pero en su propia pose se adivinaba al hombre cínico y despreocupado que carece de vergüenza.

Apenas saludó a su mujer ni al caballero que la acompañaba, que era un respetable aristócrata parisense.

Puso los prismáticos ante sus ojos y comenzó a otear con fuerte nerviosidad el comienzo de la carrera.

Lanzaba grandes exclamaciones de alegría al ver que el caballo sobre el que acababa de apostar iba en primera fila.

De pronto lanzó una maldición.

Su caballo favorito al saltar una barrera cayó despidiendo al jockey y dando ocasión a que los otros jinetes pasaran adelante.

—¡Clarol!—dijo Albert, furioso—. ¡Había de ser mi caballo el que cayera! Y he perdido en tantas carreras, que ésta es mi ruina...

Su esposa le contempló con severidad.

—Me prometiste no volver a jugar en las carreras, Albert. ¿Por qué lo has hecho?

—Para saldar mis deudas, por supuesto. Ahora temo que tengas que pagarlas tú por mí.

—Pero, ¿no comprendes que no podemos resistir tanto gasto?

—Mira, niña... No te pongas melodramática... Me es imposible perder tiempo en sermones.

Y abandonó el palco para dirigirse a la administración a conocer el importe de su deuda.

Ella le vió partir con una sonrisa triste.

¡Qué desengaño se había llevado con aquel

hombre! Poco después de haberse casado, conoció ella por entero, todo el fondo perverso que anidaba en su alma.

El no la amaba, únicamente pretendía su dinero, su fortuna... Y comenzó a vivir a su costa, derrochando de forma fastuosa y poniendo a su mujer casi al borde de la ruina.

¡Qué gran error el de haberse casado por despecto con aquel hombre! Tampoco ella le quería, pero hubiera acabado por amarle con fidelidad de esposa si la conducta de él hubiese variado...

Con su reprochable actitud no hacía Albert más que ensanchar el abismo de separación.

El amigo que la acompañaba advirtiéndola cariñosamente:

—Yo de usted le impediría ese derroche de dinero. Puede acabar por perjudicarla mucho.

—Tiene usted razón. En lo sucesivo no me haré responsable de ninguna deuda de mi esposo.

Terminadas las carreras, Carmela ocupó su automóvil y aguardó en él a que viniera su marido.

De pronto un caballero se acercó diciéndola con voz en que temblaba la emoción:

—¡Carmela!

—¡Tú!... ¡Carlos!

Y sin darse cuenta, sus manos se estrecharon como si el viejo amor resucitara de modo milagroso.

—Sí, Carmela... deseaba hablarte... y ha llegado el momento... ¿Por qué fuiste entonces tan cruel conmigo? ¿Por qué te casaste con Albert?... Esta consideración me la he hecho muchas veces, muchas...

Ella, sorprendida por el inesperado encuentro, le escuchaba dolorida...

Sonrió amargamente al oírle y dijo:

—¿Y tú me lo preguntas después de haberme engañado como lo hiciste con aquella mujer?

—Pero te dije toda la verdad y... ¡tú me creíste!

—¡Sí! ¡Y al día siguiente la encontré tomando el desayuno en tu propia cama! ¡Yo la vi!

—¡Por Dios, Carmela! ¿No comprendes que fué un plan tramado contra nosotros para

impedir nuestro matrimonio? ¿Nadie te ha abierto los ojos a la verdad?

—Pero... ¿es posible?

Y la luz pareció hacerse en el alma de aquella mujer haciéndole ver en aquel instante muchas cosas que le habían parecido extrañas.

—¡Sufrí lo indecible aquella noche, tratando de encontrarle! Al día siguiente los periódicos anunciaron tu casamiento con De Chegny...

—¡Dios mío!

¡Cuán clara veía ahora la realidad! ¡Cómo se daba cuenta de la razón que tenía aquel hombre, villanamente traicionador! ¡Sí, sí... miserable... miserable Albert!... El había tramado aquello para casarse y gastar su fortuna y derrocharla en vicios y francachelas! ¡Y ella había caído en la celada cruel!

Casi lloraba y respondió:

—Por si te sirve de consuelo, Carlos, te diré que estoy pagando y muy caro, mi locura.

—¡Me hago cargo! ¡Pobre Carmela!

También él estaba conmovido. Carmela era una víctima como lo había sido él del ardido de un miserable.

Acercóse una muchachita que pregonaba flores.

—Si desea usted conservar el amor de la señora ofrézcala este ramito de "no me olvides"—dijo la vendedora a Carlos.

Los dos jóvenes, tan cruelmente separados por el destino, se miraron.

El amor pareció iluminar sus ojos.

Carlos compró un ramito y se lo entregó a Carmela.

—Mi amor no ha variado, Carmela... "Ninguna otra mujer" podrá ocupar tu lugar en mi corazón...

Ella bajó la cabeza, en silencio. No se atrevía a decir que en su alma palpitaban los mismos sentimientos. Acarició tiernamente las flores...

—¡Y ahora, adiós, Carmela!—dijo él con la actitud triste del que ve rota para siempre su felicidad, pues aquella mujer estaba casada y su amor era demasiado honrado para seguir un camino tortuoso.

—¡Adiós, Carlos... y gracias!...

—¡Adiós! Si algún día necesitas de mí estoy en el Gran Hotel...

Un leve apretón de manos... una emoción de sus almas...

Carlos alejóse cabizbajo con mayor pena en el corazón después de haber visto a la mujer que constituía su fuerza de vida... ¡Y todo era imposible!

Albert De Chegny había visto hablando a su esposa con Carlos Moreno, y su sonrisa de cinico se hizo más atrevida, más repugnante... Bien... bien... ¿conque el amigo Carlos hablaba o cortejaba a su mujer? ¡Era cosa de reirse!

Ni Carmela ni su amigo se habían dado antes cuenta del espionaje del cinico.

Albert subió al automóvil junto a su esposa. Ella no pudo evitar un sentimiento de repulsión al tener cerca al hombre causante de todo el infortunio de su vida.

—Me miras como si hubieses visto a un espectro—dijo él riendo.

—¡Sí!... ¡Acabo de ver el espectro de mi perdida felicidad!—suspiró la desdichada.

—No me vengas con escenas melodramáticas, ¿sabes?

Y se echó a reír mientras ella se mordía los labios de impotencia y desesperación.

* * *

Aquella noche, Carmela escuchó pasos furtivos en su antigua habitación.

Sospechando algo terrible avanzó temerosa y sorprendió a su marido teniendo en la mano el arca con las joyas de ella.

—¿Qué haces?—gritó Carmela avanzando hacia él en actitud terrible—. ¡Mis joyas!

—Sólo quiero que me las prestes por dos o tres días. ¡No vengas a ponerte melodramática, mujer!

Carmela se las arrebató violentamente.

—¡Borracho, jugador, derrochador! —rugió—. ¡Y ahora, ladrón! ¡Las joyas me pertenecen! ¡Son mías!

Las apretaba contra su corazón... ¡Miserable Albert! Después que la había casi arruinado, pretender ahora quitarle lo único que le quedaba ¡las alhajas!

—¡No las tendrás... no! —clamaba.

—¡Bien, mujer!... ¡Qué loca eres! ¡No hay necesidad de ponerse así!

Y con gesto despectivo abandonó la estancia ocultando la indignación por el fracaso de su criminal proyecto.

Pero en días sucesivos las dificultades si-



... y sorprendió a su marido...

guieron amontonándose sobre la infortunada Carmela.

Facturas, letras, cuentas, caían como terrible lluvia diariamente sobre su hogar.

Y el dinero se estaba agotando y Carmela;

pensaba con dolor en el día en que tuviera que vender las joyas.

Seguía el miserable gastando para sus vicios, entrando a saco en la fortuna ya escuálida de su mujer, arrebatando hasta las últimas migajas. ¡Y pronto no quedaría nada!

Las cuentas bancarias estaban agotadas... Y la ruina se cernía ya sobre aquella casa. Pero el encumbrado cínico seguía viviendo su existencia de ostentación.

Un día, la desgraciada mujer se vió sorprendida por la presencia de un correcto caballero.

—Señora... me envía la Banque d'Escompte...

—¿Qué ocurre?

—Esta mañana su esposo ha cobrado este cheque falsificando la firma de don Carlos Moreno.

Le mostró un talón que ella leyó, horrorizada. ¡Cien mil francos!...

Una honda lividez cubrió sus mejillas.

—¡Dios mío!—suspiró.

—Señora... es muy dolorosa mi misión, créame... Pero me veo obligado a poner en su conocimiento lo ocurrido... El respeto que

usted inspira a los directores del Banco ha hecho que no denunciásemos a su marido inmediatamente... Venimos a comunicárselo para que el señor De Chégny reponga inmediatamente la suma cobrada... De lo contrario nos veremos obligados a recurrir a la justicia.

—¿Qué hacer, Señor, qué hacer?

Aquella pobre mujer se desesperaba. No tenía ese dinero... y veía ya a su marido en el banquillo de los acusados... y a ella deshonrada...

—¡Se lo suplico, caballero!... Concédame un plazo por breve que sea...

—Tiene usted veinticuatro horas, señora... ¡Ni un minuto más!

Saludó atentamente y alejóse.

No tardó en aparecer Albert y ella le cubrió de denuestos.

—¿De qué villanía no serás tú capaz por dinero? ¡Dios mío! ¡Cuánto te aborrezco!

El sonrió con su eterna sonrisa de incorregible.

¡Vaya si sabía bien a lo que aludía su mujer, vaya si lo sabía!... Pero ya le sacarian del atolladero.

La desgraciada esposa telefoneó al Gran Hotel.

—¡Necesito verte inmediatamente, Carlos! ¡En seguida estaré ahí!

Se dirigió luego a su "boudoir" y cogió febrilmente su arquita de joyas. Las daría a Carlos para que éste hiciese el favor de venderlas y abonar a la Banque la cantidad desfalcada.

No quería entregarlas a su marido pensando que éste tal vez huyese con ellas sin reparar el daño causado.

Antes de salir vió a Albert a quien al parecer la gravedad de la situación no preocupaba demasiado.

—Voy a pagar ese dinero a Carlos para librarte de ir a presidio...—le dijo—pero esta será la última vez!...

—¡Qué necia eres! ¡Carlos pagará por librarte del escándalo! ¿Cómo va a permitir que tú, la mujer que fué su gran amor, se deshonre? ¡Anda, trae esas joyas!

—¡Oh, calla... calla!... Jamás permitiré que me tomes por pantalla para perjudicar a Carlos... jamás!

Y abandonó precipitadamente su casa.

Sonrió el miserable. Era preciso seguirla... Pensaba sacar provecho de su grave situación.

Carmela llegó al hotel y fué inmediatamente recibida por Carlos Moreno.

Ella le dió las joyas, angustiada, diciéndole:

—Lo sabes todo, ¿verdad? Toma, para que pagues el cheque de Albert.

—¡Es inútil!—dijo él, sonriendo—. Acaban de hablarme del asunto y he hecho efectivo el cheque... Nada hay ya que pagar.

Carmela le envolvió en una mirada de gratitud, de inmenso amor, conmovida por la generosidad de aquel hombre tan noble.

Carlos ¿qué vamos a hacer? ¿Qué será en lo sucesivo de mí?

—¡Ya encontraremos el medio, Carmela!... Tú no mereces esa vida cruel...

La acariciaba con ternura.

Irrumpió un hombre en la estancia. Era el miserable Albert que había seguido hasta allí a su esposa.

—Perdón por la interrupción—dijo sonriendo.

—¿Tú?—dijo ella.

—Sí. Después de todo comprenderéis que debo proteger mi buen nombre.

—¿Canalla!—dijo Carlos, amenazador.

—¡Oh, nada de gritos! ¡Retirémonos, Carmela!...

Carmela, horrorizada, se alejó. Y estaba ya ella fuera de la habitación, cuando Alberto quedándose dentro con Carlos cerró la puerta con llave.

Carlos le miró con actitud violenta.

—¡Oh, no te disgustes! ¡Seamos razonables, Carlos!—dijo el marido con la más dulce de las sonrisas—. ¡Tú amas a Carmela y yo no!

¡Miserable!...

—¡Calma... calma!... Suponte que lo confiamos a la suerte. La llave de mi casa contra cien mil francos, ¿comprendes?

Y le mostró la llave de su hogar, aquella llave con la que el infame esposo pretendía vender a su mujer.

—Es decir—gritó Carlos en el colmo del asombro y de la repugnancia y armando sus manos con un revólver—, ¿juegas a tu mujer contra una suma de dinero?

—Justo... Pero deja esa arma, demonio...

No hemos de llevar las cosas por la tremenda.

—Pero si gano... ¿permitirás a la señora De Chegny que se divorcie de ti?—dijo Carlos.



—La llave de mi casa contra cien mil francos... ¿comprendes?

—Si ganas, claro está.

Carlos sacó unas monedas.

—¿A la primera vez?

—¡A la primera! ¡Sea!

Alberto cogió una moneda y Carlos otra.

Iban a jugarse por doble suerte y a cara y cruz aquella mujer.

Ocultaron las monedas en sus manos.
Jugaron y Albert perdió.



—¿Juegas a tu mujer contra una suma de dinero?

—Has perdido, Albert De Chegny—dijo Carlos con el entusiasmo de ver ya libre a aquella mujer—. ¡Carmela me pertenece, no lo olvides!

—Es cierto—dijo Albert, a quien la cosa

parecía no haber afectado en lo más mínimo—. ¡Toma la llave!

Carlos se apoderó de ella acariciándola con fruición.

Marchó sonriente Albert después de haber recibido de manos de Carlos el cheque falsificado de cien mil francos que le ponía ya a buen recaudo de toda complicación policiaca. ¡Bueno negocio!... Y aun...

* * *

No tardó Carlos en presentarse en casa de la triste Carmela.

Ella estaba frenética, nerviosa... ¿qué habría podido ocurrir entre aquellos dos hombres?

Cuando llegó Carlos, ella preguntó anhelante lo sucedido.

—No temas, Carmela. Traigo conmigo una cosa que te pertenece.

Y le mostró la llave del hogar.

—Pero, ¿qué significa esa llave en tus manos?

—Tu marido la jugó por una cantidad de dinero... ¿comprendes?... Yo la gané.

—¡Carlos!

El horror de la malvada acción del marido se reflejó en su semblante.

—Con la llave, exigí una condición: que te concediera el divorcio.

—¿Qué pensarás de mí, Carlos?—dijo ella

con voz desfallecida—. ¡Una mujer a la que su marido cede por dinero!

—Pienso que en ti se condensa cuanto hay de bueno y santo en la tierra.



—... en ti se condensa cuanto hay de bueno y santo en la tierra.

La acarició tiernamente y agregó:

—Ahora serás libre... Abandonarás para siempre a ese malvado... y podremos fundar una vida nueva... y nuestro pasado lo olvidaremos con la dulzura de nuestro porvenir.

—¿Será posible, Carlos, que aun haya felicidad para nosotros?

—Yo te digo que sí.

Pero apareció violentamente Albert De Chegny. Este sujeto sabía bien que Carlos iba rápidamente a comunicar a Carmela el trato concertado y venía a sorprenderles.

Lanzando una carcajada insolente, dijo a Carlos:

—¡Imbécil! ¿Crees que iba a dejarte el campo libre?

—¡Eh!... ¿Olvidas lo pactado?—rugió Carlos amenazador.

—¡Ya lo creo! Ahora te tengo cogido... ¿Es que me creías tan tonto?... Estás solo con mi mujer... Te he sorprendido con ella... ¿Sabes lo que eso significa?... Pues bien, ahora ha llegado mi hora.

—¡Infame!

—O me pagas un millón de francos o... te mato aquí mismo y el mundo me concederá que he defendido mi honor.

Su mano apareció armada de un revólver.

—¡Ni un céntimo! —rugió Carmela— ¡Traidor, malvado!... Antes prefiero la muerte!

Irritado, De Chegny fué a disparar, pero Carmela se puso en aquel mismo instante ante el hombre amado para protegerle.

Y el disparo vino a herir a Carmela en un hombro y la desdichada mártir cayó en tierra al parecer sin vida.

—¡Oh, miserable! —gritó Carlos— ¡La has matado!

Horrizado por su propia obra, Albert sólo pensó en huir... El inesperado fin de su mujer le daba miedo.

Corrió hacia la ventana y fué a saltar por la barandilla hacia el jardín.

Pero resbaló, perdió el equilibrio y vino a caer de cabeza contra las piedras del pavimento.

El golpe brusco le destrozó el cráneo, quedando inmóvil entre un charco de sangre en el jardín.

Cuando acudieron en su socorro los criados de la casa, ya estaba muerto.

Su fin fué instantáneo.

¡También Dios hace justicia en la tierra!

...

Y poco después, reclinada en un diván, fué Carmela volviendo a la vida.



Y sus labios unidos...

Por fortuna la herida era leve. El proyectil había rozado únicamente el hombro sin inte-

resar ningún tejido importante. La curación sería cuestión de pocos días.

Hasta ellos llegó la noticia de la inesperada muerte de Albert. Esto significaba la vida, la libertad, el término del martirio que dos años había tenido ella que soportar.

—¡Amor mío!—le dijo Carlos dándole un beso—. Quiero que vivas... que te pongas bien pronto...

Ella suavemente le sonrió.

—Sí, viviré... ¡Voy a vivir, a vivir para tí!

—Sus labios unidos rimaron la sinfonía del amor ya libre al fin...

FIN

ÉXITO DE VENTA DE
LA FINÍSIMA NOVELA

BEN-ALÍ

publicada
en las selectas *Ediciones Especiales de*

La Novela Semanal Cinematográfica

Asunto actualizado de la realidad

En preparación, para fin de mes:

Los Cuatro Diablos

Obra cumbre del gran MURNAU — director de AMANECEER — en la que está insuperable la favorita de todos los públicos:

JANET GAYNOR

**¡La novela más formidable de
la temporada!**